

La revolución digital

Pedro Meyer

[...]

Algo más que he aprendido es a no quejarme de la extraordinaria velocidad con que mi vida se ve alterada por toda suerte de nuevas tecnologías. Hacerlo, en nada reduciría su ritmo acelerado. He preferido, antes que verme atropellado, salirles al encuentro para más o menos ir librándola.

Así las cosas, tenemos que la revolución digital ya está encima de nosotros, y esto sin duda va a tener una influencia tan grande sobre nuestras vidas, o posiblemente mayor, de lo que en su momento tuvo el advenimiento del motor de combustión interna. No existe aquél que no haya sido tocado por la existencia de este invento, así también podemos especular sobre la trascendencia que puede llegar a tener la revolución digital.

Para entender mejor lo que está en juego, hay que saber que la revolución digital comienza ya a transformar nada menos que el modo en que producimos, distribuimos y consumimos: todo lo que se relaciona con los medios de comunicación, el entretenimiento, la educación, los viajes, la administración, la ciencia, el arte y la guerra, por sólo mencionar algunos ejemplos.

Dentro de esa gigantesca ola de cambios que comienza a desplegarse a nuestro alrededor, la fotografía representa sólo una variante mínima. Si alguien abriga todavía alguna duda acerca de que las nuevas tecnologías vayan a transformar a fondo todos los aspectos de la fotografía, es porque no ha tenido la oportunidad de cerciorarse de lo que está ocurriendo con las innovaciones que se vienen anunciando a diario o, sencillamente, porque se niega a reconocer tal evidencia.

Así como no es fácil observar en uno mismo las transformaciones que se van sucediendo paulatinamente, también nos cuesta trabajo advertir la gradual obsolescencia tecnológica que venimos sufriendo; situación que se agrava porque

siempre hemos pensado —de manera por demás razonable— que la experiencia acumulada a lo largo de la vida es un valor positivo e inmutable.

Los sacudimientos socioeconómicos de origen tecnológico, cada vez más apresurados, que se manifiestan particularmente en el mundo industrializado del siglo veinte, tocarán también a nuestras puertas, tarde o temprano. Como reza el dicho: "Cuando veas las barbas de tu vecino recortar, pon las tuyas a remojar". La historia particular de las angustias que sufren las personas, a medida que transitan por estos cambios profundos, se encuentra sepultada bajo un alud de estadísticas impersonales. Los encabezados de los diarios en su sección de economía sólo nos dicen: "25,000 despedidos".

Poco o nada se sabe de los motivos de fondo que llevaron a tales desplazamientos. Ellos o ellas son apenas números, bajas en ese vasto ejército de la fuerza laboral. Los que actualmente atraviesan por tan brutales sacudimientos, ya no se cuentan por cientos de miles, sino por millones; y, por primera vez, el desplazamiento y obsolescencia tecnológica ya no son asuntos que sólo atañan, como en el pasado, a la clase obrera. Esta vez, los técnicos, administradores, artistas, artesanos, intelectuales, científicos, etc., también se encuentran igualmente afectados. Ya no es como antes, cuando la introducción de un telar automático perjudicaba a ciertos obreros textiles o cuando los linotipistas frente a procesos más económicos y veloces veían evaporarse su fuente de trabajo. Ahora también el músico puede ser relegado por instrumentos electrónicos, la secretaria o telefonista desplazada por la computadora y el fotógrafo eliminado por la presencia del *scanner* en la mesa del diseñador. Así como la industria militar despidió en Estados Unidos a cientos de miles de trabajadores al concluir la Guerra Fría, y éstos fueron abandonados a su suerte, los trabajadores, desplazados por las innovaciones tecnológicas, también han tenido que replantear su vida y buscar una actividad bien remunerada. La inmensa mayoría se está capacitando con miras a conseguir un nuevo tipo de empleo, sobre todo en los campos en que la tecnología digital va abriéndose camino.

Para darnos una idea de la velocidad de los cambios tecnológicos y sus consecuencias, me remito a un ejemplo que, por sus dimensiones, deja de ser un

caso marginal y pasa a convertirse en motivo de profunda reflexión. Me refiero a lo ocurrido a la empresa IBM en estos últimos seis años. En ese lapso, la IBM despidió a cerca de 175,000 trabajadores, entre obreros, administradores y científicos, y se piensa que todavía tendrán lugar mayores reajustes; también ha absorbido pérdidas astronómicas y cerrado numerosas plantas de producción y laboratorios en distintas partes del mundo. Finalmente se ha enfrentado a la merma en el valor de sus acciones, al reducirse éstas hasta en un 70% del valor alcanzado en sus mejores tiempos.

La IBM no es cualquier empresa. Recientemente estuvo entre las cinco empresas más grandes del mundo, y en el campo de la tecnología era, hasta hace poco, líder mundial en la materia. Para apreciar la magnitud e importancia de sus operaciones, basta pensar que sus ventas anuales superaban en mucho el producto interno bruto de naciones independientes como México. (Lo que produjimos conjuntamente los ochenta millones de mexicanos durante un año entero, era menos de lo que esa empresa vendía para ese mismo periodo.) Pero a pesar de sus dimensiones, o tal vez por ello, una estructura tan poderosa y rica, ha sido rebasada por las transformaciones tecnológicas que se desataron a su alrededor. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 2. Nuevas teconologías*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1993.